

6. Reformas que no son políticamente rentables

El problema de la economía española que nos ha llevado a la situación actual y que dificulta la reactivación, se resume en una palabra: competitividad

Pablo Pardo, corresponsal en Washington

Qué hacer? El mes que viene se cumplen 112 años de la publicación de un panfleto con ese breve título. Es un opúsculo que hoy ha sido merecidamente olvidado. Su autor se llamaba Vladimir Illich Uliánov, aunque es universalmente conocido por su 'nom de guerre': Lenin. En *¿Qué hacer?* Lenin trazaba las líneas maestras de lo que, hasta el colapso de la Unión Soviética, constituyó el eje de la retórica de los grupos marxistas para alcanzar el

poder. Retórica, y no práctica, porque el valor fundamental de *¿Qué hacer?* es propagandístico. Su eje era algo tan simple como buscar una fórmula para que el Partido Socialdemócrata (en el que Lenin militaba y que acabaría convirtiéndose en el Partido Comunista) tomara el poder en Rusia. Y esa fórmula, cuando se la despojaba de la retórica marxista, se reducía a una idea: para conquistar el poder, los marxistas no debían dar tregua a sus enemigos. Era, en definitiva,

un manifiesto para una guerra total y sin cuartel, no solo al protocapitalismo y al sistema político rusos de la época, sino también a los enemigos de Lenin dentro del marxismo. De hecho, el primero en violar los preceptos del librito fue el propio Lenin, quien llevó a cabo una política oportunista para conseguir el poder y, por más ínfulas revolucionarias que se diera, acabó logrando su objetivo, no por medio de una revolución, sino de un golpe de Estado.

Hoy, 112 años después, en un contexto totalmente diferente, España también debería hacerse la misma pregunta que Lenin: ¿qué hacer? Debería hacérsela no con objetivos propagandísticos, sino como un verdadero examen de conciencia. España está dejando atrás su mayor crisis económica en 60 años: está superando la era de las decisiones urgentes, de las medidas a corto plazo para evitar el naufragio, y de la dependencia de la ayuda internacional. Sin embargo, escapar de la catástrofe no implica haber ganado la recuperación. España no puede volver al modelo de crecimiento anterior a la crisis por tres motivos:

1) Esta crisis ha sido un fenómeno de alcance global. A su vez, cabe destacar que ha tenido un efecto particularmente devastador en los países de la periferia

del euro (Irlanda, Italia, Grecia, Portugal y España). El peso de las economías emergentes se ha disparado, en buena medida a costa de la pérdida de poder de Europa; el marco regulatorio ha cambiado en varios grandes mercados (Wall Street) y el avance tecnológico ha continuado.

2) La crisis ha sido devastadora para la economía española. Ningún sector de actividad ha escapado indemne debido, en buena medida, a que se ha sufrido una crisis de deuda privada y soberana, lo que significa uno de los peores problemas que puede experimentar una economía. Las crisis financieras, por su propia naturaleza, tienen un impacto más negativo y duradero en el crecimiento potencial y en el empleo.

3) La crisis tiene un grave impacto social. Las generaciones que se incorporan al mercado de trabajo durante una recesión tienen, durante el resto de su vida laboral, un nivel de ingresos inferior al de las que lo hacen en una fase expansiva del ciclo. Las crisis financieras, al ser más profundas ya que afectan al crédito, tienen un efecto más grave. Eso, a su vez, provoca desmovilización social, apatía política y erosión institucional. Así pues, haber salido de la crisis no significa volver al pasado. Diga-

mos que el incendio ha sido extinguido, pero que lo que queda de la economía española es un solar con áreas completamente destruidas, y que, aunque habitables, necesitan una remodelación a fondo.

LA COMPETITIVIDAD

España no ha sido tradicionalmente un país muy competitivo. Las crisis se han solucionado por medio de devaluaciones del tipo de cambio nominal, pero en la situación actual, como parte de una área monetaria de casi veinte países, España carece de poder para devaluar su moneda. Es más: a lo largo de la crisis, ha quedado de manifiesto que la influencia de Alemania sobre el Banco Central Europeo (BCE) es muy grande, y que esa institución va a tener en cuenta a Berlín antes que a ningún otro país. Eso no significa una animadversión contra España, pero sí que la autonomía en materia de política macroeconómica del país es limitada.

Debido a esa pertenencia al euro, más del 50% de las exportaciones españolas se van a países de la UEM cuyo crecimiento es muy bajo. Incluso en el caso de Alemania, el FMI solo prevé una expansión del PIB del 1,3% en 2014. En el medio y largo plazo, no cabe esperar

crecimientos del PIB superiores al 2% en la eurozona. Incluso tras el acuerdo entre los conservadores de la CDU/CSU y los socialdemócratas del SPD para subir el Salario Medio Interprofesional (SME), y de la relajación—casi sistemática—de los objetivos de déficit en la UEM en los últimos años, no cabe esperar una reactivación clara de la demanda en la zona del euro.

Una gran parte de las ideas que giran en torno a la reactivación española son, de nuevo, esperar a que Alemania nos saque del hoyo, primero, asumiendo sus compromisos en materia de unión bancaria (a lo que por ahora Berlín se opone) y, luego, adoptando una política de gasto expansiva, o, al menos, fomentando el consumo por medio de la pactada entre la CDU/CSU y el SPD para formar la Gran Coalición. Y, aunque así fuera, de nuevo, se estaría fiando la reactivación al sector exterior.

Así pues, nos encontramos en un escenario institucional duro, en un bloque económico en el que no tenemos peso político para forzar políticas favorables a nuestros intereses, y en el que los objetivos de la gran potencia, Alemania, son diametralmente opuestos a los nuestros. Eso permite vaticinar un escenario de baja inflación o deflación, que mejo-

rará la competitividad española, pero en un contexto de *credit crunch* permanente, ya que el mercado financiero europeo está totalmente fragmentado y no habrá transmisión del crédito del BCE a la periferia en años. Además, los principales mercados de las exportaciones españolas son maduros, y los emergentes, se están frenando. La mejoría de la balanza comercial española se ha debido en parte a la mejoría de a competitividad, pero también al desplome del consumo privado. Hay consenso en que una parte del cambio es estructural, pero no todo. A medida que la recuperación vaya ganando impulso paulatinamente, esa mejoría irá reduciéndose. No solo eso: el resto del mundo representa tanto una oportunidad como una amenaza para la economía española.

Antes de la crisis, España no era un país solo de 'sol y ladrillo'; también era competitivo en ciertos sectores industriales, que ahora corren el riesgo de desaparecer (cierre de Fagor y los crecientes problemas del sector químico). El sector de la automoción se mantiene, pero no está claro que esa situación vaya a durar siempre. Al mismo tiempo, había un importante sector de servicios no comercializables, que suponían una importante fuente de empleo para los

jóvenes, aunque también de inflación. Ahora, esos servicios están bajo la competencia exterior y el cambio tecnológico. El comercio minorista se ve cercado progresivamente por las ventas 'online', e, incluso, hay servicios médicos que están empezando a ofrecerse en el extranjero. Entretanto, la contracción del crédito no permite a esas empresas, a menudo familiares y poco profesionalizadas, acceder a financiación.

Con unas limitadas perspectivas de mejoría vía sector exterior, la cuestión está en mejorar la competitividad por medio de reformas estructurales, reformas que políticamente no son rentables ya que en el corto plazo solo traerán problemas y, cuando rindan frutos, ya habrán pasado las próximas elecciones.

EL OBJETIVO

Entre la entrada en el euro en 1999 y las primeras medidas para combatir la crisis, en 2010, España perdió entre un 30% y un 35% de productividad, en términos de salarios ajustados a inflación. El profesor Mauro Guillén, de la Escuela de Negocios Wharton, de la Universidad de Pennsylvania, estima que "apeñas hemos recuperado entre un 20% y un 30% de ese descenso". Una vez que la recesión toca a su fin, la lucha para

mejorar la competitividad se hace más difícil. Eso, en parte, se debe al sistema de negociación salarial de España, que sigue estando muy centralizado y destinado a proteger a aquellos trabajadores que ya están más protegidos. Ese modelo hace que, cuando la economía repunta, la negociación se centra en la subida de los salarios de los empleados fijos, a expensas de aquéllos que tienen contratos temporales.

Eso es un reflejo de la dualidad del mercado laboral: en el futuro próximo, va a haber cuatros tipos de trabajadores por cuenta ajena en España: funcionarios, contratados públicos, trabajadores que tienen puestos de trabajo previos a la actual crisis y trabajadores con nuevos empleos, que tienen salarios mucho más bajos y condiciones mucho más precarias. Lo idóneo sería que los empleados por cuenta ajena con contratos posteriores a la última reforma combinaran varios de esos empleos de baja remuneración. Ésa es una de las consecuencias de las reformas llevadas a cabo en Alemania hace una década. Pero está por ver que esa fórmula se expanda en España o, al menos, se expanda a medio plazo de forma suficiente para generar empleo de manera significativa. Así pues, España corre el peligro de quedar-

se con una tasa de paro de entre el 15% y el 20%, suficiente para impedir cualquier mejora de la demanda interna, y la eliminación de las bolsas de pobreza que han aparecido en esta recesión. Además, las pensiones son hoy un complemento importante en la renta de algunos españoles. Pero hay otro problema: la población. En España se está produciendo un masivo envejecimiento de la población, por tres factores: el envejecimiento natural, la emigración (fundamentalmente jóvenes con cualificación) y la caída de la natalidad (exacerbada por la crisis).

SOLUCIONES ESTRUCTURALES

Para evitar este panorama, hay que actuar en cuatro áreas:

1) Administración: recortar el número de ayuntamientos (o funcionarios locales) e introducir control en la financiación de los entes locales.

2) Educación. España tiene un sistema educativo ineficiente. Aunque se están produciendo mejoras, a menudo el debate se produce por cuestiones bizantinas. Además, las autonomías hacen todavía más complicada la reforma.

3) Los cuellos de botella del sector terciario. No se trata solo de agilizar ese sector de la economía, sino también de abrirlo para que aproveche las oportu-

tunidades generadas por el cambio tecnológico.

4) Reforma del mercado laboral. España combina alto desempleo, empleo precario y nulos incentivos a la mejora de la calidad profesional. Hace una década, el canciller alemán G. Schröder llevó a cabo una reforma laboral profunda. El resultado fue la proliferación de empleos de baja remuneración y a tiempo parcial. En España no existe apenas el empleo a tiempo parcial.

5) Más tolerancia al riesgo y al fracaso. Aunque se está avanzando, es necesaria una actitud más tolerante que incentive la toma de riesgos..

¿Son factibles estas reformas? ¿Hay algún político dispuesto a poner en práctica estas medidas, a sabiendas de que éstas no van a empezar a dar fruto en al menos 5 ó 10 años? El ejemplo de Schröder resulte quizá el más significativo: él lanzó gran parte de las reformas de Alemania y perdió las elecciones. Sin embargo, Margaret Thatcher y Ronald Reagan, sí lograron ser reelegidos con programas similares.

LA ALTERNATIVA

Si no se llevan a cabo reformas en esta dirección, la perspectiva es un lento ajuste fiscal que no impedirá el aumento

de la deuda y su estabilización a niveles superiores al 100% del PIB, con un desempleo por encima del 15%. A ello se sumará una inflación muy baja o incluso deflación, que permitirá cierta mejora de la competitividad, pero también lastrará la demanda interna. Finalmente, habrá un mercado laboral dual, que acentuará las desigualdades y será un lastre para la competitividad, puesto que los empleados fijos y los funcionarios tendrán poco o ningún incentivo para mejorar su capacitación profesional, y tampoco los eventuales, que no tendrán ninguna garantía de que una inversión en formación les va a ser de utilidad. Todo ello se resume en un país: Japón. Ésa es la macro tendencia de España en 40 años. Pero sin cuatro factores de Japón: la educación de su población, sus grandes empresas, su tecnología y sus relaciones laborales.

Bibliografía:

- Internet Industrial (asociación de grandes empresas industriales de Estados Unidos):
- El impacto de Internet en el sector secundario (New York Times, 2011)
- El efecto de las crisis financieras en la sociedad. Banco Mundial (2013)
- El impacto económico de las crisis financieras en el largo plazo. Reinhart y Rogoff, NBER (2009)